



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FCPYS
FACULTAD DE CIENCIAS
POLÍTICAS Y SOCIALES

Segundas Jornadas de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo. "Balances y desafíos de una década larga (2001-2015): aportes y debates desde la Sociología"

Mendoza, 27 y 28 de agosto de 2015.

Mesa 6 Migraciones internacionales. Aportes teórico-metodológicos e investigaciones empíricas en una década larga

Título: Relatos hechos cuerpo: corporalidad y trabajo de la migración boliviana del Valle Medio de Río Negro.

Lic. Mariana Ortiz Grupo GESA-UNCo mayortiz@gmail.com

Dra. Ana Ciarallo GESA-UNCo anacia7@hotmail.com

1. Introducción

El estudio tiene por objetivo incorporar el factor de la vivencia corporal a la configuración de las condiciones de vida y de trabajo de horticultores migrantes en la producción de tomate y cebolla en el Valle Medio de Río Negro. Específicamente, el trabajo se dedica a partir de un estudio etnográfico, a recuperar dentro de las trayectorias migratorias aquellos aspectos relativos a los aprendizajes, padecimientos y marcas que quedan inscriptas en los cuerpos y en la memoria de los migrantes. El análisis pondrá énfasis en la etnia y el género como categorías reforzadoras de las desigualdades y apunta a desnaturalizar las imágenes estereotipadas acerca del "boliviano aguantador", "acostumbrado a sufrir". Todo ello se realizará tomando en cuenta la compleja relación que se establece entre capital y trabajo en un área de expansión productiva donde los nichos de trabajo suelen establecerse según los requerimientos y conveniencia de las grandes empresas y donde se evidencia la lógica de los complejos agroindustriales modernos, basados en preceptos de calidad alimentaria y buenas prácticas agrícolas a costa de la informalidad laboral y de los

riesgos que asumen los productores. En el estudio se exponen los avances de trabajo de campo realizados por el equipo de investigación del GESA.

2. Consideración del cuerpo en la construcción del espacio social

Como parte de un estudio exploratorio, nos preguntamos por la relación de los trabajadores con su cuerpo y su vez por el tipo de cuerpo que la horticultura precisa. Cuestionamos una relación que aparece por se establecida para analizarla desde una perspectiva de conflicto entre capital y trabajo. Una primera disquisición sería considerar por qué los migrantes transnacionales se ubican en segmentos específicos en los mercados de trabajo como lugares naturales de inserción: a los migrantes senegaleses se los ve dedicarse exclusivamente a la venta de relojes, pulseras y fantasías. En zonas urbanas, la construcción suele ser espacio donde se ubican la población proveniente de Paraguay y la confección de ropa donde lo hacen los migrantes bolivianos. En zonas rurales o peri urbanas los “nichos” económicos como la horticultura y la confección de ladrillos son lugares donde suelen recalán los migrantes bolivianos. Estos lugares prefijados son sostenidos a su vez por imágenes generalizadas desde el sentido común de los lugares de llegada que ubican saberes y capacidades innatas en ciertas labores. Es común escuchar en la población local discursos tales como “los bolivianos saben hacer verdura” o “son buenos para la elaboración de ladrillos” que resultan eficaces para reproducir estas posiciones porque generan confianza y las dotan de valoraciones positivas. Sin embargo, lejos de tratarse de una elección laboral espontánea, asistimos a una relación desigual entre capital y trabajo. Las movilidades territoriales a las que hacemos alusión se generan a partir de necesidades laborales y se insertan dentro de mercados informales de trabajo, ubicándose comúnmente en los escalones más bajos de la jerarquía social. No es el trabajador quien elige el tipo de trabajo, sino los mercados laborales los que configuran los lugares destinados a los trabajadores migrantes (Pedreño Cánovas, 2011). Aún cuando algunos puedan mejorar sus condiciones de vida, se les suele asignar posiciones etnitizadas y racializadas dentro de la estructura de clasificación socio laboral.

En este escenario sostenemos que tales jerarquizaciones se encuentran atravesadas por la naturalización de los cuerpos y de los sufrimientos que la situación de migrante y el trabajo hortícola conlleva, desde que lo corporal configura formas de ser y estar que se expresan en propiedades como la etnia y el género.

El cuerpo, lejos de ser una realidad evidente e individual, forma parte de visiones del mundo, de representaciones sociales. Lo físico, expresado en el trabajo, envuelve maneras de relacionarse, de definir cierta división social, racial y sexual del trabajo. Moldea los movimientos, permite o niega la expresión de dolores y hasta define la percepción de lo corporal para el propio sujeto. Mucho se ha trabajado sobre aquello que compone la apariencia de la persona (la forma de presentarse, vestirse, peinarse) que implica una cierta escenificación social, un modo cotidiano de ponerse en juego socialmente (Le Breton; 2008). En las clases medias sobre todo, la apariencia física constituye una variable de ajuste voluntario donde el cuerpo se moldea según expectativas sociales de clase y funciona como carta de presentación. Para las clases medias el ingreso, mantenimiento o mejora dentro del ámbito laboral, va acompañado de la demostración de un permanente cuidado del cuerpo y de la imagen personal, expresado en la realización de ejercicio, el seguimiento de la moda, e incluso la adopción de gestos, movimientos y expresiones (Aréchaga, 2011). Sin embargo en las clases menos privilegiadas que suelen realizar trabajos manuales, el cuerpo tiene un papel fundamental y es moldeado y percibido (o desapercibido) en función del mantenimiento del cuerpo-máquina. La percepción de los trabajadores sobre su cuerpo posibilita analizar cómo éste en su conformación visible, en lo que tiene más natural y supuestamente más ligado a la biología como el volumen, la talla, el peso, etc., es un producto social (Bourdieu, 1983). Asimismo, la distribución desigual de las propiedades corporales entre las clases se realiza a través de diferentes mediaciones tales como las condiciones de trabajo (con las deformaciones, enfermedades e incluso mutilaciones que el trabajo lleva consigo). Las propiedades corporales, en tanto productos sociales, son aprehendidas a través de categorías de percepción y de sistemas sociales de clasificación que no son independientes de la distribución de las diferentes propiedades entre las clases sociales (Bourdieu, 1983). En el caso de la horticultura encontramos una forma de presentación y gestión de los cuerpos y del sufrimiento que permite una reproducción de las diferencias, no sin que existan ciertas resistencias.

3. Producción hortícola en Valle Medio

El área en el que centramos el estudio se denomina Valle Medio del río Negro, y está localizada en la cuenca media de dicho río, en el departamento Avellaneda, provincia de Río Negro. La región abarca aproximadamente unos 2000 kilómetros cuadrados.

El valle presenta dos subsectores de características productivas bien diferentes. Uno de ellos, el área irrigada, se desarrolla sobre la margen izquierda del río Negro; representa una unidad socioeconómica en la cual se ha desarrollado una intensa actividad agrícola bajo riego y donde en los últimos años se advierte una importante expansión de la fruticultura para exportación. El otro sector corresponde a un área de secano destinada a la cría de ganado vacuno y lanar (Kloster, Steimbregger, 2001).

La diversidad que presenta el Valle Medio no se circunscribe a aspectos productivos sino también poblacionales. En esta área convergen grupos migratorios de origen bien dispar entre los cuales los más significativos son el boliviano, coreano y ruso, que han ocupado y configurado los espacios productivos disponibles a partir de distintas trayectorias e inserciones laborales.

En el caso que estamos analizando, los migrantes bolivianos encontraron un nicho prácticamente vacío en el Valle Medio relativo a la producción hortícola para el mercado local, para la agroindustria y la exportación, situación que posibilitó la emergencia de una economía étnica que se mantiene y crece como lo indican las cifras intercensales 2001-2010. En los últimos años se constata el crecimiento poblacional de la población extranjera nacida en Bolivia. Se destaca que los tres departamentos con mayor porcentaje de población de origen boliviano coincide con los tres valles irrigados del río Negro, lo cual nos señala la relación entre la expansión hortícola en esos espacios y la presencia de migrantes bolivianos.

Se trata de circuitos productivos en reciente expansión muy dinámicos, intensivos, competitivos y de alta demanda de mano de obra que en contrapartida invisibilizan la fuerza de trabajo que los sustentan y, lejos de representar una carga, el trabajo de los migrantes constituye una fuente importante de obtención de beneficios económicos para las empresas.

Las empresas agroindustriales desarrollan lógicas de organización del trabajo sumamente versátiles, y entre otros aspectos toman en cuenta las ventajas de un sector de características campesinas con potencial productivo, al que se le delega la parte de los procesos productivos más intensos en mano de obra a través de la agricultura de contrato, y por fuera de las legislaciones laborales, limitando así el riesgo que representan los procesos productivos y las inversiones de capital (Sara Lara Flores, 2001). En consecuencia, podemos afirmar que la precarización en el mercado de trabajo va de la mano con la aplicación de las nuevas modalidades productivas. La calificación

como eje de distinción ha dejado de tener un lugar privilegiado, dando paso al reconocimiento de “competencias” que se vuelven más valorizables en ciertos nichos laborales y dan lugar a una segmentación por etnia o por procedencia ciudadana.

En la actualidad más del 90% de los productores primarios son bolivianos o argentinos nativos de origen boliviano. El intenso proceso de concentración de la tierra y la crisis de un modelo productivo basado en la “familia chacarera” se tradujo en la subordinación y desaparición de los tradicionales pequeños y medianos productores, inmigrantes y descendientes de colonos europeos. En algunos casos vendieron las tierras y en otros las arrendaron a familias bolivianas que en la década anterior habían aprendido el oficio como medieros y aparceros de los tradicionales productores.

Veamos de cerca la producción de tomate y de cebolla.

Desde mediados de los 90 la industria tomatera experimentó un nuevo impulso, motivado por la inyección de capitales extrarregionales, con la consiguiente reactivación de las tierras bajo riego y la generación de fuentes de trabajo por tratarse de un cultivo con altos requerimientos de mano de obra.

El tomate producido en la provincia representa el 10% de la superficie nacional implantada con esa especie. Se destina en su mayoría a la industrialización, como concentrado, triturado y jugos, proceso que está en manos de pocas firmas industriales y comerciales.

El modelo de producción de tomate para industria es liderado por grandes empresas elaboradoras. Para la temporada 2012 solo funcionaron tres empresas procesadoras: Arcor (ex Campagnola), ex Canale y Molinos Bruning (ex Parmalat). En un esquema que puede definirse como agricultura de contrato, los productores tomateros firman acuerdos con las empresas, que los vincula por un período de cinco años. Los productores ponen sus bienes en garantía –camionetas, tractores y otras maquinarias- pero la procesadora decide la renovación de dicho contrato cada temporada. Se pacta un precio en el invierno para cobrar después de la cosecha en el mes de marzo o abril del año siguiente, asumiendo los productores primarios los riesgos por factores climáticos o sanitarios. Las empresas también tienen el control del traslado del tomate desde las chacras a las plantas elaboradoras, por lo tanto regulan la relación entre oferta y demanda a través del flete, “cuando las procesadoras están saturadas, solo pasan a

retirar el tomate hasta cubrir el adelanto que les dieron” (técnico Cámara de Productores).

Las empresas procesadoras entregan a los productores un “paquete tecnológico” a lo largo del proceso productivo que incluye los plantines, fertilizantes y plaguicidas, además de asesoramiento técnico. En algunos casos, los técnicos de las empresas les facilitan el acceso a la tierra para arrendar. “Son contratos leoninos” dice el profesional que asesora a la Cámara de Productores del Valle Medio, pero “viendo el lado bueno: muchos productores vienen con una mano atrás y otra adelante, fue una salida para gente que venía sin nada, no hay otra salida para producir”

El cultivo de cebolla empezó a realizarse a fines de la década del 70, y a partir de entonces mostró un incremento sostenido debido a las excelentes condiciones agroecológicas, la infraestructura de riego, la época de cosecha, las posibilidades de conservación y la disponibilidad de mano de obra. Las principales áreas productivas en la Provincia de Río Negro son el Valle Medio y el Valle Inferior. La cebolla es la hortaliza que más se exporta a nivel nacional, y alrededor del 87% de toda la producción se cultiva y se empaqueta en el norte de la Patagonia. El procesamiento se realiza en plantas de empaque habilitadas por SENASA¹, con certificación de origen (FUNBAPA, 2011). Se destaca este cultivo como elemento dinamizador de las economías regionales por ser altamente demandante de mano de obra. Además, los buenos precios obtenidos en las últimas temporadas motiva a que “todos intenten hacer cebolla porque no es tan perenne (como el tomate), es “como el chanchito de ahorro”. Hay años que todo el mundo quiere hacer cebolla, depende del mercado de Brasil” (Entrevista a técnico del INTA, 2012).

Para pequeños y medianos productores, la falta de servicios de acondicionamiento, empaque y almacenamiento, se constituye en un límite que impide el destino de la cebolla para la exportación o para los supermercados si esas actividades se realizan a campo. Ante la dificultad para resolver la comercialización, los pequeños productores optan por entregar a acopiadores. Los acopiadores pagan por “bolsa terminada” el servicio de clasificación, embolsado y certificación de calidad realizado en el “Galpón de Hortalizas Pesadas” del municipio, para luego comercializar la cebolla en diferentes puntos del país y en el exterior, especialmente a Brasil.

¹Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria.

En la actualidad una empresa de capitales extraregionales: Molino Olavarría S.A., tiene 1000 hectáreas propias en producción y además compra cebolla a pequeños y medianos productores, que acondiciona y comercializa con su propio sello en el galpón municipal de Lamarque.

Las restricciones que plantea la actividad en la etapa actual, replican algunas de los problemas que se presentaron en la década del setenta. Los conflictos más frecuentes devienen de las profundas desigualdades de inserción en la cadena por parte de los empresarios de la industria y de los productores primarios, así como de las oscilaciones del mercado interno y externo que el productor primario no puede controlar dado que suele carecer de información estratégica. El horticultor produce en la tierra, y delega en el eslabón industrial el procesamiento y distribución. Ello plantea una relación asimétrica que se refleja en las condiciones de la fijación de precios y de pago, como también en las exigencias de calidad, y en los mecanismos de provisión de insumos básicos, en una típica relación de agricultura de contrato.

4. Los cuerpos de la horticultura

Llegados a este punto es pertinente preguntarse ¿qué tipos de sujetos y de cuerpos precisa la horticultura? En primer lugar cuerpos robustos y resistentes para realizar tareas manuales que requieren de un uso intensivo de la fuerza física. Estas características coinciden con otro tipo de actividades como la frutícola. Como se ha analizado en el Alto Valle (Ortiz, 2010; Ortiz y Trpin 2012), las tareas culturales en el cultivo de manzanas y peras son realizadas en su mayoría de manera artesanal y con un gran desgaste del cuerpo por parte de los trabajadores que las efectúan. Sin embargo en el caso de la fruticultura encontramos en los eslabones laborales más precarios a migrantes del norte del país como Tucumán y Santiago del Estero y no a migrantes bolivianos. De manera inversa, en la horticultura es común la ocupación de trabajadores bolivianos y no se suelen ver casi a trabajadores locales o migrantes internos. Más aún, los productores bolivianos suelen quejarse de no poder cubrir períodos de gran demanda laboral con trabajadores locales porque no resisten a las exigencias del trabajo.

Los migrantes bolivianos suelen replicar prácticas realizadas en el país de origen. Una de ellas es trabajar largas jornadas y aprovechar al máximo la luz del sol. Por eso trabajan desde la madrugada hasta entrada la tarde, con cortos momentos de descanso.

Este ritmo de trabajo es una distinción que diferencia formas y organización del trabajo respecto a las adoptadas en Argentina y que para los trabajadores bolivianos es contemplada como ventaja frente a otros colectivos de trabajo. En las entrevistas realizadas el intenso ritmo de trabajo al suscriben estar acostumbrados en Bolivia se percibe como capital a ser explotado para sacar provecho laboral y económico.

“Cuando recién llegué a Argentina, trabajaba en una chacra cerca de La Plata. El horario de trabajo era de 8 a 12 y de 2 a 7. Yo en Bolivia estaba acostumbrado a trabajar desde las 4 de la mañana y me aburría. Me dije, si consigo trabajar esa cantidad de horas, hago la diferencia, y así es como me fui a Mendoza. Tenía hambre de trabajo” (Entrevista realizada a Héctor, productor boliviano; junio 2015).

Otra característica que los propios trabajadores migrantes destacan es la rapidez con que aprenden las tareas que requiere la horticultura. Es más, los discursos acentúan el hacer y minimizan el momento de aprendizaje. Esta idea suele sustentar la construcción de un imaginario de sujeto dedicado a la horticultura desde su niñez, cosa que no suele ser cierta. Los relatos sobre las actividades realizadas previamente a la localización en el valle resaltan la movilidad territorial en Bolivia y distintas provincias de Argentina, el trabajo desde pequeños y el traslado por distintos circuitos productivos junto a sus familias. Pero no se aprecia una dedicación exclusiva a la horticultura en sus lugares de origen. Los saberes se van adquiriendo con la urgencia de la experiencia concreta.

“Yo aprendí a atar los paquetes de acelga una vez que mi marido viajó a Bolivia y no volvía. En ese momento producíamos para un gringo y al gringo se le desarmaban todos los atados (risas) y yo probé y me salió; había que hacerlo rápido” (Entrevista realizada a Blanca, productora boliviana; abril 2015)

En la idea difundida y sostenida de una capacidad innata para la producción de verdura de los migrantes bolivianos, los aprendizajes suelen realizarse a base de errores, con costos productivos y económicos. En el caso de Juana, una productora boliviana entrevistada en 2014, su primera experiencia con la aplicación de productos agroquímicos fue a partir de una consulta informal de la dosis a un vecino productor, con la resultante de la pérdida de su cosecha.

Más allá de estas características que construyen la imagen de productor/trabajador hortícola boliviano como destino congénito, se vislumbran otras propiedades que conectan la índole de movimientos propios de elaboración de verdura con las percepciones de lo corporal y atributos étnicos que nos parece oportuno resaltar. Retomamos para ello las observaciones de Bourdieu en tanto analiza la división sexual y social del trabajo en la cosecha de aceitunas en la sociedad kabila y los tipos de

movimientos que estas disposiciones conllevan (Bourdieu, 2007). Para Bourdieu, lo social incorporado, hecho cuerpo, posee su eficacia en las prácticas cotidianas, es decir, contiene un sentido práctico que hace corresponder el lugar que ocupa lo físico con el espacio social determinado al agente. En la división de tareas, se espera que los hombres se ocupen de las tareas en altura, erguidos sobre la planta, mientras que las mujeres hacen las labores al ras del suelo, alzando por ejemplo las ramas que los hombres van cortando. De esta manera, la imagen de lo curvo corresponde a lo femenino, la de lo recto a lo masculino. “Movimientos hacia lo alto, masculinos, movimientos hacia abajo, femeninos que corresponden a derecha contra docilidad” (Bourdieu, 2007,). La manera del uso del cuerpo y el tipo de movimientos y actitudes que se esperan de él encierra también relaciones de dominación. Dentro y fuera del ámbito laboral lo recto indica autoridad, dominio y refiere a lo masculino; lo curvo alude a la docilidad, la sumisión y es femenino. También otro tipo de indicadores: el movimiento centrífugo, hacia afuera, es masculino al igual que lo seco. En cambio aquello que se recoge, que imprime una fuerza centrípeta y que se relaciona con lo húmedo envuelven características femeninas.

Las estructuras de tareas de la horticultura poseen la particularidad de ser realizadas en su mayoría “hacia el suelo”. Los cuerpos de quienes trabajan la verdura se mantienen inclinados durante horas. La preparación de los surcos, el trasplante, la cosecha son labores que requieren de largas jornadas donde el cuerpo de los trabajadores permanece encorvado con la mirada fija en la tierra. También la carga de peso en la espalda provoca la torsión permanente de los cuerpos. Usualmente las cajas con plantines o los cajones con la cosecha son transportados tanto por hombres como por mujeres sobre las espaldas o en carretillas.

Se refuerza de esta manera una imagen de prosternación y subordinación frente al trabajo que se diferencia de otras actividades agrarias como la frutícola o la cría de animales cuyas tareas suelen ser en altura. El cuerpo inclinado, doblado hacia la tierra con las manos en contacto directo con la verdura y los pies muchas veces desnudos hundidos en el barro, contrasta con el trabajo en altura, montado a escalera o a tractor propios de la fruticultura, a labores culturales casi siempre mediadas por herramientas (tijeras de poda, cosechador, maquinaria). Al mismo tiempo se observa que las tareas menos calificadas en la fruticultura son los que se realizan al nivel del suelo, como levantar la fruta caída con destino a la industria, la limpieza de acequias o la recolección

de ramas luego de la poda; tareas más invisibilizadas que suelen corresponder a mujeres y niños.

Se refuerza así la idea que el colectivo de trabajadores migrantes bolivianos son los más aptos para dedicarse a la horticultura pues se atribuyen a lo étnico, es decir al mero hecho de ser boliviano, rasgos y cualidades más idóneas para llevar a cabo la actividad. Se asumen entonces que la población boliviana es más dócil y sumisa y por ello posee más resistencia física, aguanta mejor el trabajo duro a la intemperie. Ello tiene por efecto lo que Pizarro denomina “homogeneización racializante” que por un lado toma al colectivo como un todo borrando todas las diferencias que efectivamente existen dentro de un grupo, por ejemplo según la región de procedencia. Por otro lado la homogeneización racializante de los trabajadores bolivianos naturaliza y legitima la informalidad de los “arreglos” y las jerarquías laborales etnitizadas que operan en los lugares de trabajo (Pizarro; 2011).

5. Naturalización del sufrimiento:

Como hemos visto, el cuerpo configurado para el trabajo hortícola está basado en una clasificación racializante que naturaliza ciertas propiedades “innatas” de los migrantes bolivianos, y que al mismo tiempo funciona para posicionar a los cuerpos en el espacio social y económico de Valle medio con la consecuente segmentación y jerarquización de los mercados de trabajo. Es así como se sustentan y reproducen ciertas desigualdades de clase, etnia y género a partir de la adscripción a cierta nacionalidad. En tal sentido la condición de migrante ubica al trabajador en una posición más desfavorable y los padeceres que conlleva tal condición suelen ser ocultados o adjudicados a una cualidad étnica. Como sugiere Holmes (Holmes, 2007), en el caso de los trabajadores migrantes transnacionales se procede a una naturalización de su sufrimiento, que se advierte tanto en condiciones más precarias de trabajo como en peores condiciones de vida. En el ámbito laboral se constata un cuidado más laxo respecto a los riesgos que comprende el trabajo hortícola. Por ejemplo, la falta o poca protección a la hora de la aplicación de herbicidas y agrotóxicos, muchas veces se atribuye a la indiferencia del propio trabajador. En los relatos es posible constatar esta sensación por parte de los productores de mayor resistencia a los productos químicos y una pormenorización de sus efectos. Pero como hemos advertido, ésta constituye una gestión más del riesgo y del desgaste del cuerpo que se corresponde a un lugar más desprotegido en la relación laboral. En los

arreglos con las empresas, los productores hortícolas asumen la totalidad de riesgos de la producción. En este contexto el cuerpo es una variable más de ajuste. La percepción (o invisibilización) del dolor, la incomodidad, o el padecimiento se construye a partir de la configuración de un cuerpo-herramienta.

En cuanto a las condiciones de vida, los trabajadores suelen instalarse con sus familias en las zonas de producción, es decir en zonas rurales, alejadas de la ciudad. Las complejas prácticas de estas familias migrantes reconstruyen de manera continua las herencias y crean novedad quizás influenciados por su condición migrante. Así, en los territorios hortícolas que van construyendo al transcurrir y al asentarse, los migrantes aportan sus prácticas, sus competencias y reciben las de la sociedad receptora. Aun los que hacen cultivos intensivos para la industria, en “una esquinita hacen la huerta”. Las mujeres son quienes se dedican a la huerta, a veces acompañadas por sus hijos. El dinero que se recauda es una forma de ahorro que se invierte usualmente en el mejoramiento de la vivienda. Son las mujeres las que dedican sus esfuerzos en transformar las precarias viviendas rurales que les asignan junto a la tierra en producción en un hogar digno y con ciertas comodidades. En las entrevistas son las mujeres las que suelen invitar al interior del hogar y presentar con mezcla de orgullo e disconformidad por lo que falta, los logros producidos en cuanto a la calidad de vida. Pero esta actividad de huerta ha promovido a las mujeres a acercarse a la comercialización local y a vincularse con los programas de asistencia y organización que les permiten comercializar sus productos en las ferias de la región. Aunque las mujeres son las protagonistas de la producción y comercialización de las verduras para la venta en el mercado interno, hemos observado cómo sus esposos las ayudan a cargar los cajones en las camionetas –que en general son conducidas por los hombres- las trasladan hasta los lugares de las ferias, les ayudan a acondicionar los puestos de venta y luego las van a buscar cuando finaliza el horario de atención.

6. Consideraciones finales

En un contexto en el que el nicho hortícola está asegurado por la presencia de migración boliviana, las redes posibilitan la emergencia y expansión de este fenómeno que involucra a familias migrantes y a trabajadores estacionales en situaciones de gran vulnerabilidad. A lo largo de una década, en el Valle Medio las redes de migrantes han logrado institucionalizar un proceso de movilidad social dentro de esa economía étnica

que ya es autosustentable. Sin embargo, esta capacidad no sería eficaz sin la construcción de lazos estratégicos con otros actores que se encuentran por fuera de la red étnica, conformados por los propietarios de la tierra, organismos y agentes del Estado, distribuidores y comercializadores de verduras, empresas agroindustriales y proveedores de insumos.

La configuración de lo corporal efectiviza representaciones que permiten y limitan el juego y que dan lugar a un cierto tipo de inserción en el mercado de trabajo hortícola por parte de los migrantes bolivianos. Aún con ciertas disposiciones subordinadas, este colectivo ha logrado establecerse en un lugar “vacío” que desde lo simbólico otrora ocuparon los inmigrantes colonos chacareros.

Bibliografía

Aréchaga, A. J. (2010) “El cuerpo y las desigualdades sociales: el espiral de la reproducción social”. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad N°2, Año 2, Abril 2010.

Bourdieu, P. (1983) Notas provisionales sobre la percepción del cuerpo. Grijalbo, Madrid.

(2007) El sentido práctico. Siglo XXI editores, Buenos Aires.

Holmes, S. (2007) “Oaxacans Like to work bent over”. The Naturalization of Social Suffering among Berry Farm Workers. International Migration, 45, 3.

Kloster, E. y Steimbregger, N. 2001. “Empresas y territorio. Impacto en el trabajo agrario a partir de un estudio de caso. Ponencia presentada en el 5° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Buenos Aires.

Lara Flores, S. 2001. “Análisis del mercado de trabajo rural en México, en un contexto de flexibilización”, en Giarracca, N. (comp.) *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*. CLACSO. Buenos Aires.

Le Breton, D. (2008) La sociología del cuerpo. Colección Claves Buenos Aires

Pizarro, C. (2011). “Inmigrantes bolivianos en el sector hortícola: entre la discriminación, la precariedad laboral y la movilidad socio-productiva. En Pizarro, C (Ed.) “Ser boliviano” en la región metropolitana de la ciudad de Córdoba. Localización socio-espacial, mercado de trabajo y relaciones interculturales. EDUCC. Córdoba.

Ortiz, M (2011). “Viejas y nuevas realidades en el proceso de trabajo frutícola del Alto Valle de Río Negro: un abordaje desde la percepción de salud y las prácticas de los trabajadores rurales permanentes.” Ponencia presentada en 10° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo”. Organizado por la Asociación Argentina de Estudios del Trabajo (ASET). Ciudad de Buenos Aires.

Ortiz, M y Trpin, V (2012). “Percepciones de salud en la producción frutícola rionegrina: tensiones en las condiciones laborales ante las Buenas Prácticas Agrícolas”. Ponencia presentada en V Reunión del Grupo de Estudios Rurales y Desarrollo-GERD. Posadas

Pedreño Cánovas, A (2011). La condición inmigrante del trabajo en las agriculturas globalizadas. En Lara Flores, S (Coord.). Los “encadenamientos migratorios” en espacios de agricultura intensiva. El Colegio Mexiquense. México.

Salva, M.C. (2009) “Cotidianidad en la horticultura: cuerpo, trabajo y salud”. En Ringuelet, R (coord.) Espacio tecnológico, población y reproducción social en el Sector Hortícola de La Plata.. Serie de estudios e investigaciones. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.